

CARTOGRAFÍAS



Nací para viajar más
rápido que el sonido

Verónica Pérez Arango

De <i>Un dibujo del mundo</i>	7
De <i>Camping</i>	19
De <i>La desdentada</i>	27
Inéditos	31

De *Un dibujo del mundo**

* *Un dibujo del mundo*, Liliputienses, España, 2015; *El ojo del Mármol*, Argentina, 2014.

La luz del verano

El carácter del mar nos mantiene
alejados de las aventuras invernales, los picos nevados.
Nunca vamos a andar en trineo ni a untarnos
grasa de animal en la piel de la cara
para protegernos del cuchillo del frío.
Tampoco pensamos en dormir bajo las plumas
de un cisne o el pelo de un caballo manso.

A esta hora en la playa
nuestras pieles al sol se ven todas iguales
y el paisaje casi no se mueve
salvo por alguna gaviota o una ola
más grande que la anterior.
La arena vira del marrón al blanco porque es
todas las pieles del mundo.

Aquel hombre, por ejemplo,
carga castillos en un balde rojo
y la mujer a su lado se lame los labios.
No siente el gusto de la sal,
nace allí una gota de sangre.
A ellos les gusta dormir en camas con arena
con sábanas que raspan los talones
y las uñas partidas; pero vos
preferís la luz milagrosa del monitor.
Mandás un *email* a los amigos que están lejos
para darles un pantallazo de tu vida.
Escribís esta playa es idéntica
a otras playas
a todas las playas
que hay en el mundo.

Te alegra la ausencia de variedad
y no sentir que te perdés de algo.
Excepto por el tamaño de las olas
el color de la arena hirviendo
la caminata que se vuelve carrera,
las cosas viven en una medianía
de olor a crema, salitre, sudor y fruta.

Mi traje de baño se repliega como un caracolito
partido en miles de pedazos.

EL CHOQUE DE los pelícanos sobre la chapa del océano
los cangrejos y sus casitas de arena indestructible
y un cardumen tornasolado
festejan
el fin de la tarde monótona.

a Sofía Rocatti

Los años felices

Armar un libro de poemas o una casa nueva.
Poner los vasos o los versos
de un lado o del otro. Acomodarlos
por colores y tamaños. De menor a mayor
y viceversa. Romperlos hasta que las astillas
desaparezcan. Se hagan arena.

Armar un libro de poemas. No escribirlo, armarlo como una caja
abierta, con las maderas que encontrás tiradas en la calle
con los platos sin lavar y las goteras
con los perros y el ruido del camión de la basura
que pasa adentro de tu cabeza y te despierta
a las tres de la mañana

y te deja en vela por el resto de tu existencia.

Armar un libro de poemas u ordenar el placard
de tu hijo donde todo tiene el tamaño de una miniatura,
como haikus de algodón que envuelven sus piernas,
suave movimiento del mundo dentro del mundo. O detener
el tiempo.

LOS AÑOS FELICES:

- los pies de los niños de dos a cinco años.
- las manos de las mujeres de más de ochenta.
- los pelos púbicos de los hombres de sesenta en adelante.
- los muslos de los adolescentes.
- las rodillas de los ancianos.
- la oreja derecha de una telefonista.
- la espalda de un trabajador portuario.
- las uñas de un albañil.
- las uñas de un oficinista.
- tus glúteos.
- mis glúteos.
- las tetas de una mujer amamantando.

Soñé con una yegua marrón
ensangrentados
los muslos y un pedazo de cabeza
chorreaban ténpera.

Tintas entre las cerdas
sin establo ni premios una mujer
joven la besaba en los labios
para que no sufriera.

El sueño vuelve siempre
como presagio o recuerdo.
El sueño es denso y viscoso.
y el día no pasa de lo etéreo.

A LA NOCHE nos borramos las ojeras
para hablar de lo importante
de lo que nos creemos
todos nosotros en la comodidad
del presente planeamos una revolución
con bebés armados de nombres sacados de libros.
Porque confundimos ficción con realidad
pensamos en las cosas grandes que haremos
con ellos montados en los hombros del destino.
Evitaremos el naufragio de lo que queda, los restos
del mundo los animales salvajes y las plantas
la gente más amable, las mascotas y los paseos en tren
con una bolsa plástica como prueba de lo que fuimos.

ANTES DE QUE llegaras a casa te veía
sitiado por delantales azules
un ejército de mujeres como lechuzas.
Otras veces dormías
en una cuna transparente
o desafiabas los colores primarios
en un solar hecho a tu medida.

Las mamás que estábamos
usábamos las tetas como brazos
y no podíamos soltarlos. Día y noche
con el manual de instrucciones atado al cuello
debilidad y órdenes levantadas
como edificios construidos en pocos días.

Las mamás que no estaban
dormían en sus camas con sus hijos,
olor a vino, caramelo y leche,
y por las mañanas salían a dar paseos
por el límite con la naturaleza.

AQUEL DOMINGO FUIMOS al acuario para ver
 los caballitos de mar.
 Caminábamos lento
 por la avenida
 tu mano pequeña adentro de la mía
 palpitaba la primera vez
 y las migas pegadas en el sudor de la tarde.
 Creíamos los dos lo mismo
 que ahí adentro el agua sería cristalina
 que los peces
 se moverían ágiles
 luciendo escamas y aletas preciosas
 que las burbujas subiendo a la superficie
 serían nuestra música marina.
 Los dos creíamos lo mismo. Pero no.
 Todos los animales nadaban bajo un agua turbia
 y entre rocas repletas
 de moho y virutas de alimento balanceado.
 Nos costaba ver
 a través de los vidrios que estaba prohibido golpear
 los tubitos de goma que les llevaban oxígeno
 a las branquias anaranjadas
 casi no funcionaban.
 Había olor a pescado podrido.
 Y a los caballitos de mar
 no los vimos nunca.

Nafragios

Sube la demanda.
 Sube el agua.
 Sube el hielo.

Como platitos de café o pelotitas de golf
 no cascotes ni tampoco mandarinas
 un día cae el hielo perfecto
 blanco, esférico, tan nórdico.

Los habitantes de mi barrio cubren
 sus cabezas con baldes
 sus autos con rezos
 de refugiados de una guerra.
 Días después y por semanas, en perfecta simetría,
 cada casa tiene en el jardín
 de entrada un lego de tejas
 para armar y amar vidas nuevas de estrategia.

Los habitantes de mi barrio tienen vergüenza
 de la falta que cubren con nylon o láminas plateadas.
 El futuro translúcido cada vez más lejano
 un punto achicándose en el espacio.

Son preferibles los destrozos concretos
 que se cuentan al día siguiente de la tragedia
 cifras que predicen en competencias
 de estadísticas televisadas y relatos en cámara lenta.

Quien da más pena
 Quien sufrió más
 Quien salió indemne
 Tajos en los vidrios, ampollas en la chapa
 moretones en las puertas de madera,
 en cada casa y corazón hay tejas estalladas.

Sube la demanda.
 Sube el agua.
 Sube el hielo.

De Camping*

* *Camping*, VOX, Argentina, 2010

I.

Quince días descalza.
Quince noches en medias de lana.
El arco tenso de los grados inflama
la subsistencia de las manadas.

Afuera del lago
las uñas delineadas de negro repasan
el orden dentro de la carpa y después de la nada
las velas se apagan
y a falta de leña
quemamos las guitarras.

Acá no hay música
ni luz artificial.
Hay fantasmas.

II.

Los loritos abaniquean con sus colas el cielo
población de nubarrones
dan órdenes desde el ramaje antiguo
y se creen superiores.

Adentro de la carpa
detrás del mosquitero
las copas verdes opacan su cielo
y yo pienso en un poema que sea
una lista de objetos que ocupen el mundo entero.

A la hora de nacer
las voces cada vez más quietas de los pájaros
atropellan la manera
de no hacer
ni ser
nada.

III.

Por las noches
no tenemos pesadillas ni frío ni temor de volvernos viejos
en los treinta segundos que dura la luz de la linterna.

V.

A la izquierda, la lluvia.

A la derecha, el sol

:

Todo ocurre al mismo tiempo

golondrinas sureñas amagan en un roce acuático

el cuento de sus fracasos mientras yo pienso en un poema que sea

una lista de recetas para cocinar con leña.

VI.

Suena el desconcierto.

Los campamentistas más prolijos lavan sus autos
dentro del lago

abren la ventanilla para que los peces los asalten
como sonámbulos

la frente en alto y escopeta en mano.

Los campamentistas menos arriesgados permanecen quietos

en sus trincheras de arroz blanco

esperan que no los tape la niebla

de los sueños

que no los tape

inmaculada la visión

de lo que se mueve por tierra.

Más acá

cerca mío

hay más de lo mismo.

Espesas formas del verano

alejándose.

VII.

Bajo la naturaleza
el hombre aplasta araucarias como elefantes.

Prehistórico.

Mamut verde del verano cantamos
mucho después del entierro
mucho antes de la misa
nos vestimos
con ropas livianas y rezamos
para que no se note que somos lo que somos.

*De La desdentada**

* *La desdentada*, VOX, Argentina, 2009.

El hilo inmóvil

Después del tirón no hay nada.

Nada en la boca
que es el agote de la historia.

Ni en el fin del baile.

Ni en el agite de los pelos
negros
cabalgando por el plano inclinado de un bostezo interminable.

La oración

Desde su puerta la madre mira
el cerco de la última forma:

un paisaje corto como una exhalación.

Inéditos

MI NOMBRE ES Alan Estauce y nací para viajar
más rápido que el sonido. Cuando era chico
solía jugar en el patio trasero de la casa. Tenía
herramientas de distintas formas y materiales.
En invierno escondía liebres muertas debajo de la nieve.
Muchas veces creí que la luz que salía del hielo al derretirse
era El Señor con un mensaje, me susurraba al oído
mientras el agua helada de las plantas iba cayendo en gotas
sobre el piso de hierba. Desde entonces creo
que voy a fundirme con el aire. El viento va a descomponerme
en moléculas. Mis brazos, mis piernas, la barba y
el corazón, las costillas y el hígado, mi estómago
y el pene, disueltos entre el olor de las estaciones: el invierno
de chocolate; la vejez monocroma del otoño; el sexo
en primavera; el derroche del ocio en verano.
Nadie podrá ver al hombre si desaparezco. Ahora mismo
corre por el patio de atrás una pequeña liebre dorada.

LA MAÑANA DEL sábado el diario local triplicó su tirada. La noticia despertó muy temprano a los habitantes de Nuevo México, que no volvieron a acostarse tan grandes e insomnes tuvieron los ojos durante el día. Ayer viernes, nuestro vecino Alan Eustace de 57 años de edad, saltó desde un globo a 41.419 kilómetros de altura y alcanzó una velocidad máxima de 1.323 km/h. Unos 90 segundos después de iniciar el descenso superó la barrera del sonido. Pudimos oír un pequeño estampido sónico. Nuestro hombre continuó descendiendo hasta desplegar su paracaídas. Como un pájaro que no puede dejar su nido aterrizó cerca del punto de despegue en el aeropuerto de Roswell Nuevo México. En total, el viaje de regreso desde la estratósfera sólo duró un cuarto de hora. El traje espacial que se puso era hermoso y brillaba. Cuando llegó a la Tierra otra vez, dijo "Soy feliz. Pude sentir la oscuridad del espacio y las capas de la atmósfera, que no había visto nunca."

HAY AFUERA UNA capa muy fina de hielo que cae. Miro por la ventana a los animales agrupados bajo la calidez falsa de los abetos. Tiemblan por más que yo no lo note. Estar cerca de otro no siempre da tranquilidad, y eso todos lo saben. Mañana es el día en que iré sin más compañía, al lago por primera vez: ya aprendí de memoria el camino que forman los árboles y sus cortezas talladas con corazones. No podré perderme. Tengo un mapa de todas las cosas que me contaron. Cuando sea grande quiero que alguien encierre mi nombre en un corazón de madera.

TU PIJA ES
un suave planeta
desconocido
adentro de mi boca
un helado de
fruta derritiéndose
bajo la lengua solar.

*He pasado cien mil millas quizás, estoy inmóvil, creo que me gustaría
salir de acá, atravesar la puerta y flotar. Las estrellas lucen
muy diferentes hoy desde acá, muy por encima del mundo
la Tierra es azul, y no hay nada que yo pueda hacer.*

David Bowie

SUBO LENTAMENTE Y siento la energía de la ansiedad
cosquillear en mi epidermis. El deseo de anticipar todo
como si fuera un mago, pero un mago ciego que sólo adivina
sin ningún tipo de talento, lo que sucede. El cielo azulceste
se va oscureciendo: capa sobre capa sobre capa sobre capa
me voy encerrando en la esfera milagrosa: doble movimiento:
me alejo: me acerco: yo soy esto que flota consigo mismo.
Tengo la virtud de la palabra, conmigo hay ángeles que hablan
entonces le escribo una postal a los ríos que pasan armando
carreteras de peces y piedras verdosas. Le escribo a mi madre
en el Eastern New Mexico Medical Center, conectada
a un respirador artificial; le escribo también a la máquina
que la mantiene viva. Veo a lo lejos las altas secuoyas
como rascacielos balanceados por la ventisca del invierno,
la textura de las rocas del Gran Cañón, y les escribo. A los
arbustos que fosforescen después de llover y al olor escondido
en la tierra húmeda de los bosques. Escribo al pájaro que cada
mañana a mi balcón trae fortuna, a mi ropa de lana y al fuego
que encendí ayer con la última leña que había; al café negro
hirviendo en la cocina; al beso de mi mujer y mis zapatillas
de correr cuando escucho Space Oddity de David Bowie. Escribo
a la música del mundo, al ruido a madera quebradiza que hacen
los planetas al girar. Les digo. Todos los puntos que hay en el
espacio forman una red transparente, y perderse es inaudito.



Verónica Pérez Arango nació en Buenos Aires el 10 de mayo de 1976. Publicó la plaqueta *La desdentada* (Arte de Tapa, Casa de la Poesía, 2002), *Camping* (Vox, 2010) y *Un dibujo del mundo* (Buenos Aires, El ojo del mármol, 2014; España, Liliputienses, 2015). Participó de las antologías *Quedar en lo cantado* (El fin de la noche, 2009), *El Rayo Verde* (Viajero Insomne, 2014), *Exit 75* (edición a cargo de German Weiss) y *La Galla Ciencia Número 3* (España, 2015).

Carmina Estrada
Edición

Jorge Posada
Selección

Daniel Samos y Elisa Aguilar
Diseño original

Luis Paniagua
Asistencia editorial

Cartografías
Punto en línea núm. 58, 2015

La presente edición es una versión en formato PDF
de la sección Cartografías, a cargo de Jorge Posada.

www.puntoenlinea.unam.mx